



1996,  
Año Europeo  
del Aprendizaje Permanente

Escuela  
de  
Padres

# APRENDER —en familia— TODOS LOS DÍAS (10)

— Leticia Dotras —

## Aprender a vivir DE, EN y CON nuestro tiempo

¡Qué tiempos aquellos en los que había tiempo para todo! Aunque esto del tiempo siempre depende de cómo lo acomode cada uno. Desde luego que para unos el tiempo corre que vuela, por el contrario a otros el tiempo se les hace eterno. Siempre se subordina a como nos tomemos el tiempo. Seguramente, para un profesor, sus alumnos no han terminado el examen que les puso porque han estado perdiendo el tiempo y mira que les avisó que debían aprovechar el tiempo, comprobarían que, así, tendrían tiempo para todo y que era bueno que siguieran su consejo y, si no, tiempo al tiempo. Pero los alumnos no están muy conformes con el concepto de su profesor, por eso piensan que no han tenido tiempo suficiente porque se les ha dado poco tiempo y, para un examen tan difícil, uno necesita tomarse su tiempo.

"No importa, rebobinamos y ya está". Me decía continuamente mi hijo Yago cuando a los 4 años consiguió que alguien pusiera en su muñeca un reloj digital. "Yago, por Dios Bendito, date prisa que llegamos tarde a comer", le decía yo apuradísima cuando él se empeñaba en seguir jugando en la playa haciendo flanes y cogiendo conchas. "No importa, mamá, rebobinamos y ya está" me decía él lleno de razón, pues estaba convencido de que era dueño y señor de una máquina del tiempo que llevaba en su muñeca a la que le daba a un botoncito y veía pasar los números a la misma velocidad que los del video cuando rebobinaba sus películas.

Todos hemos sentido, en no pocas ocasiones, esa extraña obsesión por el tiempo. ¡Cuántas veces nos preguntamos si realmente estamos aquí! ¡Cuántas veces soñamos con volver a vivir aquel tiempo que nos llama a gritos con su silencio! ¿Son instantes que no vuelven? ¿Son realidades pasadas? ¿Es realidad o ya es sueño? y evitando que sea pasado... ¿Lo vivo ya en otro tiempo?

Hoy día nos quejamos de la falta de tiempo y añoramos esos tiempos pasados en los que había tiempo para todo. Realmente ¿nos gustaría rebobinar el tiempo como hacía mi hijo Yago? ¿No sería mejor aprender a disfrutar del tiempo que tenemos? Sí, sí, de este tiempo, aquí y ahora. ¿Cómo? ¿Qué los suyos eran otros tiempos?



¿Por qué ha decidido que este tiempo no es suyo? ¿No creéis que todos estamos a tiempo de ir aprendiendo a cuidarlo, a disfrutarlo, a compartirlo, a divertirnos, a deleitarnos, a gozarlo, a distraernos, a regalarlo, a saborearlo, a ofrecerlo, a dedicárselo a otros y, sobre todo, a vivirlo?

Es tiempo de Navidad. Hay quien asocia este tiempo con tiempo de regalos. El mejor regalo es aquel que viene de nosotros mismos y que no necesita fecha para hacerlo. Realmente el Niño nos hizo el mejor regalo que hemos recibido: su Vida, su Tiempo. Es El Que tiene tiempo cuando todos se van. Es El Que nos regala su tiempo cuando todos se marchan. Es El Que siempre tiene tiempo para escuchar. Su tiempo está siempre con nosotros.

Yo disfruto con mi tiempo, en no pocas ocasiones, escribiendo cuentos. Hoy me gustaría que todos disfrutáseis de vuestro tiempo conmigo. Hoy os regalo un cuento.

En los relatos fantásticos lo normal es encontrarse con desfases temporales. Muchos de ellos no precisan época, son esos cuentos maravillosos que con su comienzo "Érase una vez" nos introducen automáticamente en un espacio atemporal y del que no regresaremos hasta el "comieron perdices" o el "colorín colorado..."

## EL RELOJ DE LA ABUELA

Sintiendo pasar el tiempo  
y mi tiempo sobre el tiempo,  
los años borran los años,  
mas no los tiernos recuerdos.  
Siento una rara añoranza,

cuando me pierdo entre ellos.  
En ciertas horas del día,  
se tensan mis sentimientos,  
como se tensan las cuerdas  
de cualquier viejo instrumento...

—¡Venga niños! es la hora de la cena.

Mercedes, madre de cinco niños, trajinaba en la cocina de un lado a otro. Aún no había terminado de freír las croquetas, pero tenía por costumbre ir llamándoles, pues sabía que irían apareciendo poco a poco.

—¿Quién va sirviendo el agua? Tú, Almudena, ve cortando el pan. Alicia, trae la sopera que la sopa ya está caliente.

Se entrecruzaban unos con otros y, como en todas las familias, unos eran más diligentes y otros se hacían los remolones. Pronto serían las 9 y, precisamente a esa hora, durante el invierno, se reunían todos para la cena. Era el único momento durante el día en que estaban todos juntos.

—Mamá, —Yago no contesta y no sé donde está, gritó Alicia

Yago era el pequeño de la casa, tenía ocho años, aunque a veces parecía que tenía más. En sus preguntas y en sus deducciones, era como un "pequeño filósofo". De un tiempo a esta parte, cuando le llamaban para cenar, nunca contestaba y siempre llegaba tarde.

—¡Mamá! —gritó María— ¡ya lo he encontrado! pero no hay manera de que me conteste. Yo creo que le pasa algo.

Mercedes se asustó y, después de retirar la sartén del fuego, echó a correr hacia donde venía la voz de María.

Yago estaba en el salón, sentado en el suelo, inmóvil, con la mirada atenta hacia reloj de la abuela.

Pero no era su mirada lo que mantenía atenta, sino su oído, de tal manera que, forzando al máximo este sentido, casi excluía el ejercicio de los otros.

Mercedes se agachó y abrazó a Yago.

—¡Ay mami qué susto! Escucha atenta. Ahora, cuando suenan las campanadas, ya verás como hay alguien ahí dentro—, dijo Yago muy bajito.

María soltó una carcajada:

—Mamá, yo creo que este niño esta un poco chillado.

—¿Pero no os habíais enterado? —dijo Javier que entraba en ese momento en el salón—. Si lo hace todas las noches. Últimamente, en lugar de sentarse delante del televisor, lo hace delante del reloj.

—Bueno, dejadle tranquilo. Lo que le pasa es que es muy imaginativo. Eso no es estar chillado.

Ahora empezaron a entender porqué Yago no llegaba a tiempo a la cena. Desde que había llegado a casa el reloj de la abuela, Yago no paraba de hacer preguntas y, ahora, volvía a hacerlas insistentemente.

—Oye mami, ¿El tiempo dónde se guarda?

—El tiempo no se guarda. El tiempo simplemente pasa.

—Pero mami, si yo quiero que vuelva algo que pasó. ¿Qué hago? ¿Dónde busco el tiempo?

—Aunque intentemos revivir o reproducir algo, tratando de que no sea pasado, nunca lo podremos hacer, porque ya está sucediendo en otro tiempo.

—Pero yo, a veces, me acuerdo de cosas de cuando era



pequeño, pero me faltan trozos, como chispas pequeñas que no soy capaz de ver. ¿Tú no crees que alguien guarda el tiempo en algún lugar?

—Esos son recuerdos fugaces, como relámpagos, que la memoria a veces oculta como si fueran sus tesoros. Nosotros no somos capaces de recordarlo todo.

—Pero a mi... es que... a veces... me gustaría...

—¿Sabes lo que podemos hacer cuando te pase?

—¿Qué, mami, dime qué? ¿Tú crees que dentro del reloj de la abuela hay alguien que guarda el tiempo y nos lo puede contar?

—No, Yago, ya te dije que eso era imposible. Cuando tengas un recuerdo y te falte un trocito, entre los dos podemos cambiarlo de tiempo, transformarlo, ponerle música, canciones y entramos juntos en el mundo de la imaginación, creamos nuestros propios cuentos.

Yago se quedó pensativo. Miraba a su madre con sus pupilas limpias y transparentes de un color verde ciruela, pero no le convencía mucho la respuesta. Su única obsesión, en este momento, era encontrar dónde se guardaba el tiempo.

Sonó el timbre de la puerta y Alicia gritó:

—Ya abro yo, debe de ser papá.

Efectivamente, el padre había llegado. Hoy más tarde que de costumbre. Venía de viaje. Como todos los días, abrió sus brazos y Yago se lanzó a ellos.

—Hoy te traigo un regalo. Como creo que ya eres un chico mayor ya no hace falta que mamá te despierte por la mañana. A partir de ahora te despertarás tú solo con este despertador.

Yago abrió sus ojos todo lo que pudo. Estaba loco de alegría. Papá, sin saberlo, había dado solución a su problema.

Se cuidó mucho de hablar con nadie de su plan, ni siquiera con mamá, ¡aunque a veces se comprendían tan bien! Esto tendría que hacerlo él solo.

Antes de irse a la cama, su padre le explicó el funcionamiento del despertador y se lo dejó preparado para el día siguiente. Pero Yago, en cuanto llegó a su habitación, cambió la hora de despertarse para las 12.05. Sabía que a esa hora toda la casa estaría dormida y podría llevar a cabo su plan tranquilamente.

El despertador lanzó su potente risa y Yago lanzó su mano como un latigazo y lo paró.

—¡Uf! espero que no se haya despertado nadie. Así, con toda la casa en silencio, esto suena muy fuerte.

Faltaban cinco minutos para las doce. La noche entraba por las rendijas y las estrellas vigilaban los sueños. Rodeado de un espeso silencio bajó al salón, de puntillas, tratando de no hacer ruido.

Pronto empezaría a sonar la melodía del carillón. Arrimó una silla para coger la llave que su padre guardaba encima del reloj. Estaba seguro de que ahí dentro encontraría la respuesta que tanto deseaba conocer: ¿Dónde está "el que guarda el tiempo"?

La melodía empezó a sonar y abrió la puertecita que guardaba el péndulo. Palpó con la mano en el interior. Estaba oscuro y sólo se veía el brillo metálico que se balanceaba rítmicamente. Decidido, se metió dentro y, agarrándose al péndulo, algo se abrió a sus pies, se deslizó suavemente y apareció un suelo sucio y mohoso. —¡Qué maravilla! — murmuró Yago con los ojos brillantes y la cara roja de placer—. ¡Estoy en otro tiempo, aquí aún es de día!

Un olor a castañas, a sombras, a ecos le rodeaba. Aún no había anochecido, el sol empezaba a huir y el oro invadía todas las hojas, llenas de racimos diminutos de una lluvia fina que acababa de caer, el suelo despedía un resplandor rojizo. Al fondo, entre una suave niebla, temblaba el arcoíris.

Yago tenía la sensación de haber estado allí y comprendió que era el paisaje de muchos de los cuentos de su madre.

Por fin se levantó. Tenía el pijama mojado y un poco de frío y, haciendo bolsillos de cualquier cosa para sus manos, comenzó a andar. Sus pisadas eran lentas, crujientes, indecisas. No era miedo, pero sí una extraña sensación parecida a la que se abría paso a través de la bruma, en donde le resultaba tan grato envolverse. A lo lejos oyó una canción que le parecía recordar y la siguió como una estela de un barco en el recuerdo.

Al fondo, misteriosa, oscura, aparecía una casa desnuda, como con los ojos abiertos, sin párpados. La niebla se pegaba a los cristales de sus ventanas como un aliento. Yago pegó también su cara amparándola entre sus manos, como para ver mejor su interior.

Un latido de luz brillaba dentro, un fuego vivía en el hogar y un impulso, que no supo explicar, le invitó a entrar.

Allí estaba, sabía que era él. "El que guarda el tiempo". Su cara llena de arrugas, como muescas, manojos de arrugas en torno a la boca. Sus ojos pardos, irisados. Su cabello tan blanco como la nieve de las altas montañas. Sus manos largas y arrugadas y deformadas como un haz de raíces.

Olía a algo bueno, a amigo y, de repente, saludó a Yago con una voz profunda y amistosa.

—¡Hola amigo Yago! Hace días que te espero

—¡Qué bárbaro, sabes mi nombre! ¡Qué bien se está aquí dentro! Deberías arreglar la casa por fuera, porque a los que no son valientes como yo, seguro que les da miedo. Mis hermanas nunca se hubieran atrevido a entrar aquí. Bueno, pensándolo bien, ya no habrían entrado ni en el reloj. Se rien de todas mis aventuras, pero yo creo que lo hacen porque les da miedo.

—Aquí sólo vienen amigos como tú para que yo les cuente historias y cuentos.

—Pero tú ¿guardas el tiempo verdad?

—Lo guardo en este fuego que nunca se apaga. Ahí aparecen todas las formas, los sucesos, los cuentos, los decires. Surgen como chispazos, igual que en la memoria. Cuando alguien viene, como tú, les cuento largas historias y si cambiamos el tiempo, las imágenes y los juegos, van surgiendo los cuentos.

—Pero eso es lo mismo que me explicó mi madre.

—Claro: a tu mamá, cuando era niña, le intrigaban las mismas cosas que a ti y, un día, también entró en el reloj de la abuela.

—Pero ella no se acuerda, porque yo le pregunté y...

—Ya sé: es que la memoria, a veces nos oculta sus tesoros, eso es lo que llamamos olvidos. Ella lo vivió, pero cuando lo recuerda, no sabe muy bien si fue sueño o realidad. Es difícil separar los sueños y limpiarlos de todo lo que se mezcla con la realidad. Sería muy aburrido recordar exactamente todo lo vivido.

—¡Qué divertido! ¿Y puedo ver algo de cuando era pequeño?

—Busca en esa luz: ella nos cuenta sus aventuras y nos desvela sus secretos.

Y entre fuegos huidizos y zigzagueantes, aparecían sus cumpleaños, sus hermanos alrededor de su cuna, los juegos, la alegría de sus padres, el colegio... Y su amigo, "El que guarda el tiempo," le hablaba y, con esa luz, todas las cosas volvían a nacer de nuevo como si antes no tuvieran identidad propia.

Y al fin, el sueño se prendió en los párpados de Yago y lo fue rindiendo.

—¡Mamá, mamá! ven a ver a Yago. Habla sin parar contando unas historias muy raras y, además, está empapado en sudor.

Mercedes se asustó, eran las ocho de la mañana y los mayores se preparaban para ir al colegio.

—Le pondré el termómetro. Es posible que ayer haya cogido frío y hoy tenga fiebre.

Yago hablaba de su aventura de la noche, contándoles que había encontrado al hombre "que guarda el tiempo" y que, al entrar por el reloj, el campo estaba mojado, por eso se había mojado el pijama.

Por supuesto, nadie le creyó y decidieron que, semejante rosario de disparates, era debido a la fiebre que debía tener. Y Yago, cada vez se ponía más furioso porque nadie le creía y se le iban poniendo las mejillas más coloradas, lo cual confirmaba con más fuerza que lo que realmente tenía era fiebre.

Pero mientras Yago hablaba, su madre, que acariciaba su frente, se dio cuenta de que no era fiebre lo que tenía, e iban viniendo recuerdos de su niñez, algo mínimo, insignificante, que regresaban fugazmente, como si fueran canturreos o figuraciones, como tratando de recuperar ese recuerdo titubeante.

—Bueno, dejadlo ya. Hoy tendrá que quedarse en casa. Ahora terminad de preparar vuestras cosas para ir al colegio o llegaréis tarde.

Yago y su madre se abrazaron y saltó entre los dos una chispa de sus recuerdos y, buscando un rastro en el tiempo, pudieron ver a su amigo "El hombre que guarda el tiempo".

**Mi alma quieta, callada,  
escucha el lento pasar  
del silencio en mis recuerdos.  
Entre una luz muy caliente  
todo renace de nuevo...**